

***Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Antropología AIBR.
Puerto Vallarta (México) 7 a 10 de noviembre de 2017.***

VIAJES POR CALLES: MODOS DE CAMINAR POR LA SEGURIDAD Y LA INSEGURIDAD¹.

***María Teresa Salcedo R.
Grupo de Antropología Social
Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH
Calle 12 # 2 – 41 Bogotá D.C.
msalcedo@icanh.gov.co***

La ponencia aborda el papel de la práctica cotidiana de caminar en los modos como comprendemos la movilidad segura ó insegura en la ciudad. Se reflexiona acerca de cómo la experiencia de viajar por la ciudad a través del recorrido por sus calles ha cambiado con la adopción de nuevas precauciones y con una nueva conciencia de la ciudad a partir de sus espacios deteriorados o reconstruidos. Aunque caminar define los viajes urbanos por las calles desde la libertad y el azar que prometen la memoria y la distracción en los espacios abiertos (Benjamin), son hoy las condiciones impuestas por la desigualdad y la vigilancia de la desigualdad las que definen unas nuevas formas de caminar. Así mismo, esta vigilancia del caminar, y del caminar desigual fragmenta y reconstruye simultáneamente los significados de los viajes por la ciudad. A través de viajes con jóvenes y adultos por calles en Colombia, esta presentación se aproxima a un texto urbano (Certeau) del viaje que se enfrenta a las inscripciones y al arraigo de la seguridad personal en las ciudades.

Palabras clave: caminar, antropología de las calles, seguridad, inseguridad.

Esta presentación está basada en una investigación de campo en tres ciudades de Colombia, las cuales son Bogotá, Medellín y Barranquilla. Se trata de cómo las políticas públicas de la seguridad implementan entornos urbanos de seguridad e inseguridad en dichas ciudades, y cómo esta implementación interactúa con las experiencias concretas de seguridad y de inseguridad de los habitantes de los barrios.

Uno de los métodos y una de las técnicas de trabajo de campo que tiene el fin de aproximarse a los significados de la seguridad y la inseguridad en los barrios y en las comunidades barriales ha sido el conocimiento de los territorios a través de la práctica de caminar con los vecinos: y es a esta práctica del caminar a la que quiero denominar “viajar por calles”. Viajar por las calles de la seguridad y de la inseguridad.

¹ Esta presentación hace parte de la investigación “Significados antropológicos de la seguridad: estudios en la ciudad colombiana”, que realizo con apoyo del ICANH desde el año 2015.

Viajar por calles es una metáfora del conocimiento del espacio urbano y de cómo este conocimiento alude permanentemente a condiciones del desarrollo socio-económico del país y a situaciones concretas de legalidad e ilegalidad en las calles.

Pero también esta actividad que permite movilizarse de una manera lenta y guardando unos ritmos con respecto a los otros que caminan con nosotros, pone de presente que los pasos reproducen imágenes del paisaje urbano y actualizan símbolos de lo que Michel de Certeau denomina “autoridad local”. Es decir “rupturas en el sistema que saturan los lugares con significados y ciertamente los reducen tanto a estos significados que es “imposible respirar en ellos” (Certeau, 1984: 106).

A este respecto es común escuchar de los habitantes de algunos barrios: “ahora es distinto caminar después de las mejoras que hicieron”. O también, “caminar ha cambiado”. Las preguntas son entonces ¿de qué formas cambian algunas prácticas sociales de movilidad, como caminar, en tanto los espacios urbanos de los barrios son intervenidos por el desarrollo y el patrullaje policial? ¿Acaso los proyectos de infraestructura no se consideran como otras “rupturas en el sistema” que significan al espacio con otras sensibilidades que hacen imposible respirar?

Me interesa entonces plantear una conversación entre esos entornos peligrosos que afectan las prácticas de caminar, y la seguridad que ofrece la recuperación de los espacios por parte de las políticas públicas de desarrollo urbano.

Viajar por las calles del barrio Rebolo en Barranquilla²:

Caminamos con Eneida por el barrio de la pandilla del Oasis. El territorio de esta pandilla termina en una pared cerrada, la cual constituye el final de un callejón sin salida: la entrada al Oasis es la calle 32 en donde hay permanentemente una patrulla de la Policía. Con el fin de llegar a El Oasis caminamos hacia el occidente de la calle 17, la vía arteria del barrio Rebolo y de la mayoría de los barrios de la localidad suroriental de la ciudad. A través de pequeños callejones y de patios abiertos entre los dos predios originales que conformaron la invasión, se mueve la gente en el Oasis. Desde la casa de Eneida rodeamos el muro del colegio Don Bosco hasta llegar a “Radio Poste”, el cual es un espacio de reunión para la gente del Oasis, allí se habla hasta las horas de la noche en las que cada cual debe ir a dormir. Este “Radio Poste” que es un poste de cemento del que salen múltiples cables que conducen luz eléctrica y cables de telefonía y alrededor del cual se reúne la gente a socializar sus problemas, es señalado por Eneida como una forma de disminuir los peligros en ese sector del barrio, es una estrategia de sociabilidad que contrasta con el peligro de entrar o de “meterse” con los jóvenes y adultos que hacen parte de esta pandilla. A estas pandillas pertenecen algunos migrantes venezolanos a quienes Eneida y Lina se refieren como “mis vecinos”, a pesar de que ellas hablan de quienes son pandilleros en el Oasis. Aquí se entra y de aquí se sale, mientras se camina, de una narrativa en la que “las bandas del Oasis” son legales como vecinos o ilegales con respecto a la estabilidad del barrio, en relación a la delincuencia

² Agradezco a la comunidad del barrio Rebolo en Barranquilla por su compañía en mis recorridos y por su apoyo a mi trabajo de campo en la ciudad.

que también afecta a los vecinos. No hay carga moral: “son una familia muy unida y se entienden muy bien”.

Es un callejón que dá a una pared construída en arena y cemento y hay allí una ventana sin vidrio, simplemente cruzada por dos varas de hierro y hay entreabierta una cortina de costal de fique, que se descorre del otro lado del muro. Porque el muro y su ventana dan a un patio al que no se puede mirar, porque es parte del territorio de la banda del Oasis. Eneida no deja que me asome a mirar a través de esta ventana. Nosotros terciamos por otro patio, el cual es la única manera de salir del callejón y de continuar el recorrido por otros patios. Entramos a un par de patios de color oscuro, de tierra pisada y arena, completamente manchado y ennegrecido por aceite para carros. Como si estos patios fueran talleres de mecánica en medio de estas invasiones. Es como si el patio tuviera que estar listo y vacío para realizar alguna actividad que tiene que ver con las enormes manchas de aceite negro que ocupan toda la dimensión de lo que antes era un patio de arena. Sobresale el capó de un camión de pintura azul descascarada con su envés vuelto hacia nosotros, y que está contra la pared del enorme patio de piso oscuro.

En todo caso son estos patios por donde pasan las personas “y se escapan de la policía o de integrantes de otras pandillas que los persiguen”. Al salir del grupo de patios de arena oscura, salimos de nuevo a la calle desde donde se vé “Radio Poste”, pero todavía no salimos a la carrera 32 sino que entramos a un callejón estrecho de ladrillos de concreto al que accedemos a la puerta de la casa de Lina, una señora corpulenta que nos acompaña en la incursión a un territorio de su barrio, que es el Oasis.

Viaje por el vecindario de “El Bronx³” en Bogotá⁴.

Lo que más distingue estas calles hoy, como en la década de los años sesenta, cuando los migrantes de muchas regiones del país llegaron a habitar estas casas que se convertirían en inquilinatos, es esa pátina de grasa, negruzca sobre los andenes y sobre las fachadas. Polvo y grasa que cubre las fachadas, las caras y los vestidos de todos estos obreros de las microempresas del reciclaje, los talleres de mecánica y de ornamentación sin luz eléctrica en sus instalaciones, y de donde salen chispas como estrellas amarillas de máquinas manuales de soldar. Estoy caminando con Jairo, gestor de seguridad de la Secretaría de Seguridad del Distrito para la localidad de los Mártires. Él me invita a realizar uno de sus recorridos cotidianos, en los que identifica problemas tales como la ausencia de fuerza disponible de la

³ Sector de la localidad de Los Mártires en Bogotá, el cual fue descuidado por sucesivas administraciones distritales, cayó en el deterioro y la ocupación ilegal de sus casas por parte de la delincuencia del microtráfico de sustancias psicoactivas, y en mayo del 2016 fue objeto de un operativo policial coordinado por la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Policía Metropolitana. El mote de “El Bronx” fue puesto por los mismos expendedores de estupefacientes que asimilaron las actividades realizadas en este sector a las que se realizaban en El Bronx de la ciudad de Nueva York en los Estados Unidos.

⁴ Agradezco a la Secretaría de la Seguridad, Convivencia y Justicia de Bogotá, la autorización para realizar un recorrido por “El Bronx” después del operativo policial de mayo del 2016. Conocí “el Bronx” por primera vez a finales de la década de los años 80, y sucesivamente he visitado este sector de la localidad de Los Mártires en compañía de sus habitantes, como parte de mis trabajos de campo en Bogotá.

policía en “puntos críticos de inseguridad”⁵, o la concentración de habitantes de calle en determinados espacios públicos de la localidad. Y así, saludo a algunos de los habitantes de la calle a quienes he conocido en mis recorridos por la localidad de Los Mártires.

Jairo dice que cuando están solos, los habitantes de la calle son completamente inofensivos porque no se lanzan contra nadie y la gente no les teme. Pero cuando están en grupos, la gente les teme y es eso lo que quiere evitarse con los anillos de seguridad que hay en cada esquina del sector: precisamente disgregar a los habitantes de calle porque además de este modo no se les acercan quienes les venden las drogas.

Esta apreciación define una forma particular de caminar, o un trayecto de la seguridad, porque aunque informa desde la objetividad de la política pública, elabora representaciones de la gente de la calle como generadores de peligros.

Llegamos a la esquina de la Calle 10 con Carrera 15BIS, nos encontramos con los dos agentes de policía que están asignados en distintos turnos en lo que fué la calle del Bronx, el territorio de expendio de sustancias psicoactivas más representativo para las autoridades policiales de Bogotá.

Los predios con sus puertas abiertas, o sin puertas, demolidos o simplemente mostrando sin descaro el orden y el desorden de objetos que pocos pueden saber para qué sirvieron, y sobre todo la historia de la suciedad incrustada, capa por capa. Mugre, no en tanto mugre, sino un mugre inexplicable, porque es el mugre que se desea en el universo en miniatura de las infinitésimas cantidades de bazuco que se instalan en las pipas. Mugre de bazuco, mugre de tabaco, mugre de ladrillo raspado. Evocamos cómo era negociar con las porciones de bazuco conocidas como “bichas”, y de otras drogas en medio de este micro-territorio. Realizar trueques de pequeñas cosas en medio de las sesenta personas que dice Jairo que encontraron en diminutos cuartos el día del operativo del Bronx a las dos de la mañana. La capacidad de un territorio de entenderse desde su miniaturización también implica que hay una lógica de las relaciones “a las que corresponden eventos particulares, esto es *singularidades*, las cuales son transferibles dentro de la estructura” (Deleuze, 1990:50).

Para aquel que llega a este espacio protegido por talanqueras de la Policía y al que es prohibido entrar, lo que impacta de inmediato es la ruina de estas casas, establecimientos de entretenimiento, la ruina de los andenes, prácticamente invisibles. La ruina de los muros, la pintura de colores descarapelada, los ositos de juguete colgando de los techos, los arlequines colgando de los establecimientos para adultos, la infantilización de la decoración de las discotecas y bares del Bronx.

⁵ Los puntos críticos de la inseguridad o “hotspots” son un concepto elaborado como parte de las investigaciones académicas realizadas con apoyo de la Alcaldía Mayor del Distrito de Bogotá, universidades e instituciones colombianas y universidades norteamericanas. Son “segmentos de calles” en donde la ciudadanía ha denunciado contravenciones y delitos, y son puntos que se proponen con el propósito de intervenir e intensificar la presencia de la policía y realizar acciones de prevención y convivencia ciudadana. Hacen parte de la concepción territorial de la seguridad que se implementa desde las políticas públicas del Distrito Capital (Cf.: “Plan de Intervención y Evaluación en puntos críticos de crimen”, ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C. 2016. Cf. también: BLATTMAN, Christopher, GREEN, Donald P., ORTEGA, Daniel y TOBÓN, Santiago, “Hot Spots Interventions at Scale: the Direct and Spillover Effects of Policing and City Services on Crime”, 2017).

Al costado norte se ubicaban varios bares famosos del Bronx, dos de ellos con segundos pisos a los que se accedía por escaleras de madera rústica. Jairo indica que puedo subir la escalera del bar de “los Chukis”, a cuyo segundo piso subo difícilmente la estrecha escalera, porque la misma está casi pegada al muro de donde surge. Es casi parecido a subir a una cama camarote. Los peldaños son sucios llenos de cenizas de cigarrillo y detritos de bazuco aplastados como si fueran chicles. El segundo piso es un pequeño espacio cuyas paredes están todas decoradas con imágenes gigantescas de personajes malvados, de tiras cómicas. Los principales personajes son “el Guasón de Batman” y “la Chica del Guasón” formando con sus manos un corazón del que emana sangre, sus sonrisas son malvadas, pero sus rostros se juntan con lujuria.

A lo largo de estos viajes por calles me parece pertinente acercarse a una explicación de lo que la calle significa, como lugar, como relevo y como transcurso, en relación a la seguridad y a la inseguridad:

- 1) La calle aparece como un lugar para encontrarse con personas conocidas o desconocidas que poseen conocimientos sobre las relaciones entre los vecinos y el territorio, y con quienes se inicia un recorrido que permite reconocer cuáles son las prevenciones y los peligros reales, o los peligros que son impuestos por los proyectos de desarrollo.
- 2) Durante los recorridos por las calles se realizan paradas en las que se intercambian diálogos sobre lo que sucede en el barrio porque aparecen otros hombres y mujeres vecinos con jóvenes y niños a quienes saludamos y con quienes iniciamos un trayecto diferente del viaje.
- 3) La calle es un transcurso de tiempo y espacio durante la trayectoria del viaje. Aquí se construye un entorno diferente que depende de quién nos acompañe, y de cuáles son las historias que nos cuentan. Las calles son entonces conjuradas como espacios peligrosos y el que camina ingresa a un conducto de empalmes de historias en medio de las cuales se comprende que la seguridad y la inseguridad son parte de un mismo entramado territorial.
- 4) El viaje por la calle mientras se conversa es una experiencia sensorial diferente a la del peligro proyectado desde las políticas públicas de los “puntos críticos de la inseguridad” y de las “ventanas rotas” de la inseguridad.

Esto quiere decir en la teoría y en la práctica del caminar, que los primeros pasos que damos en el terreno de la seguridad y la inseguridad se aproximan a los espacios y lugares desde otros conocimientos de las contravenciones y los riesgos cotidianos, de acuerdo a como son contados por los vecinos desde su comprensión de estas “rupturas en el espacio”. Si estos recorridos representan unas trayectorias en las que es “imposible respirar”, como lo señala Michel de Certeau, es importante considerar que hay una perspectiva generacional de esta imposibilidad de disfrutar de la movilidad a pie, tanto como que la inseguridad funciona a conveniencia del fortalecimiento de la policía. Aunque jóvenes y adultos cargan a los espacios de estas rupturas, y todos los grupos etarios proponen conocimientos colectivos apoyados en “formas de control territorial”, cabe la pregunta acerca de si estar fuera de estos conocimientos seguros e inseguros es lo que cada vez más sustrae a la calle de sus derechos a la ciudad.

Por lo tanto, los viajes por calles me permiten entender la seguridad desde este tamiz sensorial en donde la ausencia, presencia o perspectiva de los peligros es el escenario en donde se definen unas nuevas

alteridades. Puede decirse que la seguridad como una nueva forma de interpretar la relación con el espacio y con el tiempo de los demás vuelve a darle unos significados a lo que Gilbert Durand (1981) señaló como unas estructuras antropológicas de lo diurno, de lo nocturno y del tiempo ritualizado a través de la tecnología.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.-POLICÍA NACIONAL DE COLOMBIA. (2016).

Plan de Intervención y Evaluación en puntos críticos de crimen. Bogotá: Documentos de la Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.

BLATTMAN, Christopher, GREEN, Donald P., ORTEGA, Daniel y TOBÓN, Santiago.

“Hot Spots Interventions at Scale: the Direct and Spillover Effects of Policing and City Services on Crime” (Abril 17, 2017). Disponible en SSRN: <https://ssrn.com/abstract=3050823>; o <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3050823>;

Certeau, Michel de. (1984).

The Practice of Everyday Life. Berkeley: University of California Press.

Deleuze, Gilles. (1990).

The Logic of Sense. Constantin V. Boundas (editor). New York: Columbia University Press.

Durand, Gilbert. (1981).

Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Madrid: Taurus.